

el mas hombre entre todos los hombres, fuerte como un conquistador, hercúleo como un atleta, casto como un cenobita, depositario de lo sublime, con cinceles que parecian espadas segun tallaban y herian el mármol hasta sacar de su dureza el Moisés, que tiene una tromba por barba, y que fulmina los rayos del Sinaí sobre los vicios y sobre los decaimientos de Italia. Y si aun le parecia demasiado clásico y pagano á Lutero el genio de Miguel Angel, allí estaba, no léjos de la capilla Sixtina, en ese Vaticano tan tachado de idolatría clásica, la capilla pintada por los mas dulces arrobos y los mas bellos éxtasis del misticismo monástico, la capilla pintada de rodillas por Fray Angélico, el cual habia visto en sus éxtasis el empíreo, los ángeles volviendo de sembrar los mundos en el espacio, los serafines cantando sus hosannas en las cimas del cielo, las legiones de los mártires con sus heridas llenas de luz y sus palmas arboladas por los ocasos de la muerte y las transfiguraciones de la inmortalidad, la Virgen Madre arrobada en la adoracion del sér divino que lleva en sus entrañas, la Trinidad Santísima, los objetos todos que habia visto dibujarse en los siniestros muros de su pobre claustro y descender á los tempestuosos ensueños de su austero monacato.

Mas Martin Lutero era un germano y un fraile; y como fraile y como germano, sintió la Roma de los Pontífices y de los Artistas. Como germano tiene contra Roma, no solamente el odio antiguo de las legiones dirigidas por Alarico y por Ataulfo, sino el odio reciente de las legiones dirigidas por los Césares de la moderna Alemania. Como fraile, él, penitente, se encuentra de súbito entre voluptuosos artistas; mendigo, entre ricos príncipes de la Iglesia; vestido de sayal, entre cardenales vestidos de púrpura; acostumbrado á Iglesias casi desnudas, con Basílicas que resplandecen del resplandor prestado por sus losas de mármol y sus mosaicos de oro; despues de haber dormido sobre una piedra y en tosca tabla, ayunado casi todos los días, macerándose casi todas las noches, consumido su juventud al pié de un altar de madera y en la adoracion de una cruz de leño, sin mas cuadro que los cuadros de sus jardines humildísimos entristecidos por la sombría vegetacion del Norte, sin mas música que el rumor de la fuente de los claustros y el flauteo de las zampoñas pastoriles cortadas en los árboles del convento, encuéntrase, cuando tantos sacrificios hiciera por ser digno de la Roma mística coronada

de espinas que soñara en sus meditaciones monásticas, encuéntrase con una Roma áurea como la casa de Neron, llena de efigies paganas como la Atenas de los griegos, ardiendo en fiestas idolátricas semejantes á las antiguas bacanales, y donde los hombres hablaban como si todavía reinaran los antiguos dioses y los Papas mandaban como si todavía vivieran los antiguos Césares. Y para esto habia vestido el hábito á guisa de mortaja; pasado su niñez de puerta en puerta y de pueblo en pueblo á guisa de mendigo; gastado sus ojos en leer aquellas páginas del Evangelio, las cuales aconsejan al hombre que, como las aves del cielo, ni siembre ni coseche; enterrándose vivo en una celda oscura y húmeda, calabozo del alma, sepulcro anticipado, potro de todos los tormentos, en la cual, ayuno y demacrado, conjuraba las tentaciones de Satanás y aguardaba la hora suprema de presentarse ante el Eterno Juez en el último juicio.

Se necesita leer las memorias de Lutero para admirar la naturaleza de sus emociones en Roma. No creais que le deslumbra el resplandor de los mármoles, que le atrae el juego de las líneas, que le exalta la extension inacabable de las perspectivas, no; mide las proporciones como un matemático, aprecia el coste como un economista, cuenta con los dedos las arrobas que pesa esto y los cuartos que aquello ha costado; y se acuerda, no del artista, cuyo genio ha construido tantas maravillas por las cuales sube el alma como por la escala de Jacob á su transfiguracion, sino de los pobres trabajadores alemanes, cuyo acre sudor ha contribuido á amasar y cuyo misérrimo jornal á sostener aquellas maravillosas fábricas. No puede encarecerse la extraña impresion que causan en Lutero, habituado á beber en el hueco de la mano y en el tejo de la fuente, aquellos surtidores, que de rocas artificiales, por las fauces de delfines marmóreos, entre estatuas admirablemente esculpidas y entre bajo-relieves admirablemente cincelados, surgen, como si se necesitara de todo este lujo para apagar la sed en las aguas transparentes y cristalinas que se filtran desde el cielo á la tierra. Cada fuente de Roma le parece tan grande como un palacio de Alemania. Así, para sentarse, no encuentra el banco tosco de áspera madera, que habia en su convento, sino la silla curul de pórvido, donde acaso se ha sentado Verres; y para rezar, no ve las imágenes cenobíticas y monásticas á que estaban acostumbrados su pensamiento y sus ojos, sino Cristos que parecen Apolos, Vírgenes que parecen Vénus, serafines

que parecen faunos, altares que se dirían cincelados por Praxiteles, pompas y procesiones como las del templo de Delfos, oradores hablando cual si aun estuviera reunido el Senado y poblado el Foro, todas las abominaciones del Paganismo. Ninguna de las grandezas artísticas le conmueve; mide el campo romano como un agrimensor; calcula los ladrillos y las piedras que entran en cualquier edificio como pudiera calcularlas un maestro de obras. Él no quisiera estar en la piel de Julio II, cuando Julio II fuera á la eternidad; porque ha gastado, no sabemos cuántos millares de maravedises en la reedificación de San Pedro. Todo cuanto nota de las estatuas romanas se reduce á recordar que, en una gran calle cercana al Vaticano, ha visto efigie de mujer con un niño en los brazos, llevando las insignias del Pontificado. Todo cuanto ha presenciado allí ha sido una disputa entre mas de treinta doctores, en la cual debatían sobre si el Papa mandaba con la mano derecha á los ángeles del cielo y con la mano izquierda á las almas del purgatorio. Todas las patrañas que recoge ó sueña, las cree y las dice. Según él, las monjas de un convento guardaban en uno de sus estanques seis mil cráneos de niños recién nacidos que testificaban otros tantos infanticidios consumados. No ve en Roma aquel monje por tantos títulos ilustre, ni como sabio la ciencia antigua que renace, ni como artista la perfección clásica que lo embellece todo, ni como erudito el perfecto latín que allí se habla y escribe, ni como experto en la lengua griega los admirables monumentos literarios que entonces se restauran, ni como orador la clásica elocuencia que cual miel del Atica fluye de todos los labios, ni como hombre el regreso del género humano al sentimiento de la naturaleza y la resurrección de las antiguas edades en la historia; hierde tan solo su atención aquel Papa que ciñe una espada como cualquier general romano, los cardenales que arrastran magnificentísimas carrozas, los guardias nobles que custodian la sede pontificia, los pajes vestidos de brocado, las damas escotadas y resplandecientes de pedrería, las estatuas desnudas, las representaciones teatrales, las fiestas públicas donde suenan los antiguos cantos báquicos, el Renacimiento de la idea y de la forma pagana.

Pero él mismo ha visto bien materialmente á Roma. Por poco poeta y poco religioso que seáis; al entrar en el sólido panteón de Agripa, teneis que reconocer la colosal majestad romana; y al mirar que, si ayer se dedicó á to-

dos los dioses, hoy se dedica á todos los santos, teneis que convenir en que estos edificios de la Ciudad Eterna, parecidos á las zonas geológicas del planeta, simbolizan las milagrosas transformaciones del espíritu. ¿Qué ve Lutero en el Panteón? Que no hay ventanas, que la luz entra por una claraboya descubierta en la cima, que dos hombres apenas pueden abrazar sus magníficas columnas. Mas aun hay otro edificio en Roma que debia elevar mas el ánimo de un hombre como Lutero. Bajo el circo máximo donde los degenerados romanos del Imperio, sujetos á la servidumbre, presencian los combates de fieras y la horrible inmolación de los gladiadores entre orgía y orgía; la fe cristiana ha construido para los creyentes, para los perseguidos, para los mártires, una ciudad subterránea, compuesta por calles de sepulcros, sobre cuyas losas se tocan los primeros esbozos de las artes cristianas en los albores de su espiritualismo y en cuyo fondo se ven los huesos mondados que, cayendo, como un abono providencial, sobre la idea naciente, la han hecho crecer y cobijar bajo sus misteriosas ramas todo el Universo. Pues la descripción de este paraje sacratísimo por Lutero parece una estadística. Para él una sala abovedada, tiene ocho mil mártires; la Iglesia encierra las cenizas de ciento setenta y seis mil santos, y los sarcófagos de cuarenta y cinco Papas; la necrópolis contiene ochenta mil elegidos y cuarenta y seis obispos. En el Vaticano, mejor dicho, en la Iglesia de San Pedro, solo ve la reliquia del paño de la Verónica; y cruza la plaza de Letran para ir tan solo á la Escalera santa, sin conmoverle ni entusiasmarle sus maravillosos monumentos, la Basílica de los Papas de Roma junto á la Basílica de los Emperadores de Constantinopla, la tribuna donde resplandece el mosaico dibujado por el Giotto, los restos de los monumentos antiguos cubiertos de hiedra y de ortigas, las curvas de los arcos seculares festonadas de plantas parietarias al través de las cuales se ven las tumbas de los antiguos héroes envueltas en los vapores exhalados por las lagunas Pontinas y habitadas por las aves rapaces que gritan en sus huecos; á lo lejos los montes Sabinos esmaltados por los toques de la luz maravillosa y cubiertos de ciudades antiguas medio extintas que parecen esqueletos de pueblos. ¿Puede verse tanta grandeza por un ánimo elevado sin detenerse mas que ante su recuerdo material, ante la escalera de Pilatos, por cierto de bien problemática autenticidad?

En último resultado Lutero contempla la Roma pontificia, como pudiera contemplarla un cenobita de los desiertos egipcios. Al acercarse por sus empolvados caminos, apresura el paso para llegar en la víspera de San Juan, solamente por creer que, en ese día, las misas extraen del purgatorio las almas con mayor facilidad que en los días vulgares y ordinarios. En su exaltación, rayana en los límites del fanatismo, dice que quisiera ver muerta su madre, á fin de poder sacarla del purgatorio con la misa, que pensaba decir en ese día solemne. Así, al llegar á la puerta del Pópolo y encontrarse ya en Roma, cae de rodillas en el sacratísimo suelo, plega las manos sobre el agitado pecho, fija los ojos extáticos en el espléndido cielo, y saluda exaltadamente á Roma con esa larga letanía de títulos con que la ha encarecido y la ha celebrado la piedad de los fieles en el trascurso de los siglos. Así le falta tiempo para adorar aquellas reliquias en las cuales vinculan mas virtudes milagrosas las tradiciones católicas. Viendo de esta suerte á Roma, imposible que comprendiera la obra del Renacimiento, la obra humana que Roma estaba entonces cumpliendo, mucho mas elevada que todas las sectas, que todas las escuelas, y que todas las Iglesias. Considerada de aquella suerte Roma, nada mas fácil que el desengaño y el dolor. Así el hombre que depone su bordon de peregrino, que alza sus manos al cielo, que saluda á Roma con el nombre de Ciudad santificada por la sangre de los mártires, la llama á los pocos días el horno de iniquidades, donde ardieron los niños de Babilonia. Quien deseaba con tanto ahinco decir una misa en la víspera de San Juan, llega tristemente á sentir que los sacerdotes italianos usaban de la siguiente fórmula para negar el dogma de la trasustanciación: *Panis es, et panis manebis; vinum es, et vinum manebis. Pan eres y pan te quedarás; vino eres, y te quedarás vino.* Grande extrañeza debían causar en ánimo tan religioso como el ánimo de Lutero blasfemias, mas ó menos frecuentes, y á la verdad propias del escepticismo congénito al clero italiano en aquella edad esencialmente idolátrica y pagana. Quien renunciara con abnegación tan espontánea y firme á todos los goces del mundo; y ciñera su cuerpo con el hábito semejante al sudario del cadáver; y pasara días y noches en meditaciones extáticas y en plegarias fervientes; derecho tenia, derecho indudable, á verse en la capital de la cristiandad rodeado de un clero virtuo-

so y creyente. Cierta día que celebraba el santo sacrificio en una de aquellas iglesias romanas, henchidas de tantos recuerdos, pobladas de tantas reliquias, habitaciones de efigies sacratísimas, naves misteriosas que á las alturas llevan el eco de todos nuestros dolores y la evaporación de todas nuestras lágrimas; poseído Lutero de estos elevados pensamientos que, serenos unas veces brillaban en la conciencia como las estrellas en el cielo y otras veces tempestuosos taladraban como chispas eléctricas las carnes de su corazón; quiso decir una misa solemne, tarda, acompañada, con la lectura completa de todos los textos, con el cumplimiento exacto de todas las ceremonias, con la observancia escrupulosa del ritual, meditando á cada conmemoración de la vida de Cristo su redentora idea é intercediendo por los vivos y por los muertos con pura caridad, digna de aquel holocausto incruento; los ligeros clérigos italianos, impacientes por su tardanza, le decían: «aprisa, aprisa,» descorazonándole de todo punto é impeliéndole á despertar la maldición y el anatema de la conciencia humana que dormían allá en el seno de su conciencia individual. Así preguntábase con verdadera insistencia por la devoción que pondrían los celebrantes romanos, los obispos, los cardenales, los Papas mismos, en el sacrificio de la misa. Y en seguida, meditaba sobre lo vanas que resultarían tales ceremonias externas, sobre lo inaceptables á los ojos de Dios, sobre lo engañosas de la piedad de los fieles. Todo le molestaba ya en Roma, desde el punto en que no aparecía concordante con el misticismo de su alma la naturaleza y la interna compleción de aquella gran ciudad. Todo le repugnaba, todo: aquel Papa arrastrado por brillantísimos caballos, que llevaba delante de sí el Santísimo sobre altar y bajo dosel mucho mas mezquinos que los altares y los doseles de su propia persona; y que se hacía dar la hostia al término de una especie de baston para que ni los dedos del eclesiástico santificados por la trasustanciación pudiesen tocar en el borde de sus divinos labios. Después de esto, resume en sus Memorias las dos ideas inspiradas por su visita á Roma y contenidas en estos dichos vulgares, oídos por todas partes: «imposible la continuación de todo este tren; precisa que sobrevenga una catástrofe,» mientras otros exclamaban: «si hay un infierno, encima de ese infierno está construida Roma.»

Lutero comprendía y condenaba con razón el lado moral de la vida roma-